

EN LA COSTA SALVAJE<sup>1</sup>

Desde el otro lado de la frontera, la Guayana francesa parecía un lugar maravilloso. De allí llegó el café a Brasil por primera vez, gracias a un romance entre Francisco de Melo Palheta, diplomático de Pará, y la hermosísima esposa del juez de la Guayana francesa. El objeto de contrabando había sido ocultado en el encantador ramillete de flores que Palheta –enviado para ejercer de árbitro en varios problemas de poca importancia que habían surgido en la zona entre el colonialismo holandés y el francés– ofreció como pequeña *lembrança* tras el intercambio de besos; un acto en miniatura de biopiratería que implicaba a la mercancía que habría de definir la economía brasileña durante buena parte de los siglos XIX y XX. Allí se encontraba también la colonia penitenciaria de la isla del Diablo, en la que estuvo encarcelado Dreyfus, y que más tarde se vestiría de fantástico tecnicolor para la escapada acuática de Steve McQueen en *Papillon*. Sin embargo, la Guayana francesa no era, oficialmente, una colonia, sino un *département* de Francia, como los Vosgos o la Provenza, y tenía derecho a elegir dos diputados y un senador de la Asamblea Nacional.

Esto ocurrió en la década de 1980, un periodo en el que el Amazonas brasileño se encontraba sumido en una situación de violencia próxima a una guerra civil. Los generales todavía gobernaban el país; los indios y los pueblos de la selva huían a toda velocidad de la apisonadora del progreso y de la destrucción de los bosques como los saltamontes ante un cortacésped. Las selvas tropicales eran aniquiladas, los ríos corrían contaminados de mercurio, la muerte se extendía por todas partes. En la Guayana francesa parecían haber escapado a todo esto; desde allí se ponían en órbita satélites de telecomunicaciones. Mientras que los militares y los caciques locales firmaban acuerdos corruptos para la cesión de tierras, los guayaneses contrataban físicos e ingenieros. Los folletos publicitarios alababan sus «elegantes ciudades», en nada parecidas a los habituales conglomerados hediondos del urbanismo amazónico, saturados de bloques

---

<sup>1</sup> Peter REDFIELD, *Space in the tropics: from Convicts to Rockets in French Guiana*, Berkeley, University of California Press, 2000, 345 pp.

de casas de cemento y chabolas de cañas y barro, conectados con el exterior por carreteras cubiertas de polvo o resbaladizas a causa del lodo. Los universitarios guayaneses, «consagrados a la física y las matemáticas», eran reclutados para trabajar en puestos *high-tech* en el centro espacial.

Todo esto quedaba muy lejos de las fronteras militarizadas e infectadas de malaria a las que la mayoría de la juventud amazónica tenía que enfrentarse; parecía como si la Guayana francesa habitase un universo paralelo. Los flamantes cohetes Ariane se elevaban hacia el cielo, producto de una cooperación armoniosa entre los sectores público y privado para el avance de las comunicaciones o, al menos, de las comunicaciones en Europa. En el resto del Amazonas, la radio transmitía sus «mensajes de un minuto», que informaban de una tragedia doméstica tras otra entre melodiosas canciones *nordestinas*: «João, tu madre está muy, muy enferma; vuelve a casa inmediatamente». Éste era el funcionamiento óptimo de las comunicaciones locales. Había señales que indicaban que, en algún lugar, esos mundos se cruzaban: la fábrica de ordenadores de Nixdorf en Redenção; las conversaciones con teléfonos inalámbricos. Mientras, con elegante regularidad, más de la mitad de los satélites comerciales de todo el mundo despegaban desde el remoto borde guayanés de la selva tropical.

El objetivo de Peter Redfield, en su exhaustivo e imaginativo libro, es el de unir la colonia penitenciaria del siglo XIX y el centro espacial del XX, para así considerar colonización y tecnología —en esta «esquina del noreste de Sudamérica en el que un conjunto imponente de árboles se encuentra con un cuadrante plácido y tranquilo del Atlántico»— desde una doble perspectiva. Se perfila así una operación definida por dos «grandes planos» cuyos «elementos claves de diferentes momentos históricos del sistema-mundo, aquí se denominan “Imperio” y “Globo”». Redfield nos guía a través de las múltiples dimensiones de lo que, en un principio, parece ser la excepción guayanesa, pero que termina por ser algo más inquietantemente universal. Su proyecto combina complejidad teórica con una descripción de la zona y una narración histórica que se van revelando más y más surreales. Si ésta es la antropología de la globalización, no le debe nada a la jerga que ha llegado a caracterizar a buena parte de la literatura poscolonial. Su volumen trata algunos de los temas clave de la antropología contemporánea: historia colonial, globalización, ciencia y tecnología. Aunque estos elementos inscriben también espacio y lugar en otra parte, la Guayana francesa es un escenario en el que la perspectiva resulta mucho más clara; nos encontramos ante la etnografía histórica de un enclave.

Redfield enmarca su narrativa en el entorno de tres potentes mitos, aunque evita la metáfora habitual del paraíso perdido —El Dorado que encontramos en otros intentos recientes, como, por ejemplo, en el *Entangled Edens* de Slater— para proporcionar una comprensión de las ideologías fundacionales de la Amazonía. Redfield comienza con el *Robinson Crusoe* de Defoe, esa visión seminal de la *mission civilizatrice* en la que el náu-

frago dicta las condiciones políticas de la isla y las formas técnicas de su asentamiento. Como señala Redfield, la isla de Crusoe es a la vez reino y prisión, destino de la Guayana durante el siglo XIX. Crusoe no es un mero explorador, sino que se convierte en un colonizador, condición que lo separa de otros viajeros previos, ya fueran aventureros o mercaderes, como Ulises o Simbad. La isla, además, tiene una localización muy precisa: está situada en el Caribe, «puerta de entrada al Nuevo Mundo», entre Trinidad y la desembocadura del Orinoco. Crusoe, durante su viaje, ha atravesado, en efecto, con su barco «la larga y uniforme extensión de las Guayanas», tras perder el rumbo desde su plantación brasileña. En este escenario, en el que «la economía política y la moralidad navegan juntas», Crusoe invierte totalmente la dialéctica del amo y el esclavo. Aquí es el amo el que trabaja, domesticando la tierra vacía del mito del colono con la caja de herramientas que ha conseguido recuperar, improvisando soluciones prácticas a los problemas que le plantea la naturaleza. Redfield ve en Crusoe el surgimiento de una figura clave de la modernización: la del el hombre móvil, un agente desplazado que lleva consigo el conocimiento técnico necesario para transformar su entorno. Los herederos de Crusoe –figuras que representan «el papel de agentes del cambio», que «de forma expresa rechazan la aceptación incuestionada de su entorno»– son centrales en este estudio. El desarrollo de la isla, la «tierra del desplazamiento», es contemplado como afirmación de las fuerzas culturales móviles sobre un escenario fijo.

Aunque sus entornos inmediatos remiten a Brasil y Venezuela, las tres Guayanas –la inglesa (hoy en día Guayana, independiente desde 1966), la holandesa (hoy en día Surinam, independiente desde 1975) y la francesa– constituyen una excepción a la normalidad sudamericana. Comparten un legado de colonización europea no ibérica, y siguieron siendo colonias mucho después de que el continente consiguiera la independencia política. A menudo se las ha clasificado como parte de un Caribe concebido en sentido amplio, costumbre que Redfield sigue en su libro. Cada una de ellas, además, ha jugado un papel relativamente marginal en el seno de sus respectivos imperios coloniales. Francia no aseguró su establecimiento en la Costa Salvaje hasta 1676, tras vencer a las potencias del norte de Europa –Inglaterra y Holanda– que intentaban beneficiarse de la negligencia española y portuguesa. Sin embargo, la Guayana francesa, como explica Redfield, siguió languideciendo al borde de su imperio colonial, alejada del circuito del *boom* del azúcar y de la economía caribeña de las plantaciones. El puerto de Cayenne estaba poco acondicionado para los barcos de esclavos y los vientos no eran favorables. Y lo que era peor, la tierra, lisa y sin drenar, resultaba pantanosa y proclive a la malaria. Un intento conjunto de asentamiento tras la pérdida de Canadá en 1763 fracasó por la propagación de epidemias. La falta de trabajo y el bajo nivel de desarrollo se reforzaron de forma recíproca propiciando un ciclo de inercia, a la vez que permitían el mantenimiento de «un horizonte abierto a sueños futuros».

El segundo marco narrativo que Redfield desarrolla se remite al texto de Kafka *En la colonia penitenciaria*. Bajo el sol ardiente de un olvidado puesto avanzado, un viajero logra ver el extraordinario aparato que ejecuta a los condenados marcando en su cuerpo la condena hasta que mueren. El viajero es testigo del demencial hundimiento final del sistema, de sus oficiales y de sus principios excesivos: «una pesadilla de la razón extraviada en el remoto trópico». Fueron los británicos los que primero exploraron la ingeniosa solución doble a los problemas del descontento social en la metrópoli y la falta de mano de obra en las colonias mediante la deportación de los condenados. En 1826, las fragatas francesas navegaban la zona que atraviesan los ríos Oyapock y Maroni, en busca de la Bahía Botánica del Nuevo Mundo, aunque todavía se estaban explorando muchos otros lugares, desde las islas Marquesas hasta Texas, como posible sede de la misma. El año revolucionario de 1848 marcó el punto de inflexión. El levantamiento de los trabajadores en junio de ese año produjo 12.000 presos políticos, que se amontonaban en los *bagnes* del Mediterráneo, las viejas prisiones navales, lugar donde hacía tiempo habían vivido los presos que habían sido condenados a remar en las galeras. El golpe de Estado de Luis Napoleón creó 27.000 nuevos detenidos. El futuro emperador defendió de forma convincente la idea de que el castigo a trabajos forzados sería «más eficiente, más moralizador, menos caro y más humano» si se utilizaba para ayudar al avance de la noble causa de la colonización francesa. La abolición de la esclavitud en 1848 había terminado con una de las principales objeciones a las colonias penitenciarias: la del daño que supondría para el credo de la autoridad racial la imagen de hombres blancos encadenados realizando trabajos manuales. Los *bagnes* fueron cerrados, uno tras otro, y quienes allí estaban presos fueron enviados a los trópicos.

El primer barco de convictos llegó en 1852 y el desembarco se produjo en un inicio en un trío de pequeñas islas alejadas de la costa: San José, Royale y la isla del Diablo. El cargamento estaba compuesto de delincentes comunes, presos políticos y sacerdotes problemáticos, equivalentes invertidos del lema «Dios, Oro y Gloria» que había animado las conquistas previas del Nuevo Mundo. Como topos cegados por la luz tropical emergieron de las lóbregas bodegas para ganarse la redención a través del trabajo. Para muchos de ellos, ésta llegó en cambio a través de las enfermedades tropicales: alrededor del 20 por 100 de los presos murió en el primer año. Las autoridades francesas experimentaron repetidamente en diferentes asentamientos y con distintos procedimientos de aclimatación, registrando y comparando meticulosamente las tasas de mortalidad. En 1859, llegó a la zona el primer grupo de mujeres, que incluía a 36 convictas, con la esperanza de favorecer la creación de familias que poblaran la Guayana de acuerdo con el modelo australiano. Casi un tercio de ellas murió en los primeros seis meses.

El tema y la práctica de la «prisión natural» se extendería por todo la Amazonía a finales del siglo XIX. El gran Euclides da Cunha describió el

*boom* del caucho como una forma de encarcelamiento. Los manipuladores, atrapados por el bosque y las deudas, cumplían su sentencia a través de las rutas del caucho que marcaban las estructuras impenetrables de su solitario confinamiento. Vargas Llosa en *La casa verde* describe una visión más formal y menos metafórica de la colonia penal. Los asentamientos de convictos enriquecieron el interior del Amazonas a lo largo de Perú, Colombia y Bolivia proporcionándole una barrera más formidable que los barrotes de hierro. Los campos de encarcelamiento japoneses se hicieron un lugar en la región central de Pará durante la Segunda Guerra Mundial. Toda la región se consideraba como una inmensa penitenciaría, en la que el trabajo interminable y las distancias ilimitadas eran los parámetros de control.

Las tasas de mortalidad guayanesas y los informes de una administración pobre —la colonia llegaría a tener 78 gobernadores en un periodo de 77 años— se convertirían en una información inquietante para los defensores de los beneficios morales y económicos del trabajo de los convictos. Como la máquina fantástica de la historia de Kafka, sostiene Redfield, la colonia penal francesa había perdido su razón de ser, convirtiéndose en un instrumento impuro e ineficiente de tortura y exterminio. Desde mediados de la década de 1860 Nueva Caledonia se convirtió en una alternativa más saludable, al menos para los prisioneros blancos; allí fue donde se envió a la mayor parte de los prisioneros de la Comuna después de 1871. Sin embargo, durante la década de 1880 las islas del Pacífico empezaron a ser consideradas por los francmasones y otros partidarios de la ley y el orden de la Tercera República como una opción «demasiado lujosa», y se reanudaron los traslados al Atlántico. En este contexto, la isla del Diablo se convirtió en el lugar de encarcelamiento más apropiado para el capitán Alfred Dreyfus, condenado en 1894 por espionaje para el Imperio alemán. Para entonces, los principales asentamientos se encontraban en Kourou, Cayenne, la capital, St. Laurent, y en las otras dos isletas, por lo que Dreyfus obtuvo un *status* especial como único prisionero de la isla del Diablo, en una choza construida especialmente para él, rodeada de una valla doble. Aquí pasó los cuatro años de confinamiento previos a su segundo juicio, escribiendo las «cartas salvajes y delirantes» —«¡el mero clima basta aquí para incendiar el cerebro!»— que la duquesa de Guermandes deploraría elegantemente. Durante la década de 1920, el lugar había generado un subgénero literario propio, con títulos como *Los horrores de Cayenne*, *La avanzada del infierno* o *La isla de los malditos*. Hubo que esperar hasta después de la Segunda Guerra Mundial para que la Guayana francesa fuese finalmente «neutralizada» mediante el rociado de DDT, se produjera su incorporación política a la patria como Département d'Outre-Mer y, en 1946, se produjera el cierre definitivo de la colonia penitenciaria.

La novela de Jules Verne *De la tierra a la luna* proporciona a Redfield el tercer prisma narrativo. Escrita en 1865, el relato premonitorio de este

antiguo corredor de bolsa imagina que los expertos estadounidenses en artillería, tras el final de la Guerra Civil, redirigen su talento hacia la Luna. El relato prevé un lugar de lanzamiento situado en Florida, un aterrizaje en el mar y un amplio espacio para las relaciones públicas, los expertos militares y la tripulación humana. (Otra opción que los protagonistas de Verne discuten en el Baltimore Gun Club es la de bombardear la Tierra para hacer vertical su eje y así crear un mundo sin estaciones.) El programa francés de cohetes, aunque ensombrecido por la carrera espacial durante la Guerra Fría, estaba también íntimamente vinculado a aspiraciones militares e imperialistas. En 1962, la independencia de Argelia forzó al ejército francés a buscar un lugar de pruebas alternativo a Hammaguir, situado en el Sáhara. Una vez más, los funcionarios recorrieron el globo en busca de un lugar adecuado.

La Guayana francesa cumplía todos los requisitos: estabilidad política, un vasto horizonte abierto por el este hacia el mar –lo que permite un rumbo de vuelo en la dirección de rotación de la Tierra– y la cercanía al Ecuador. Los satélites sólo pueden orbitar alrededor del centro de otro cuerpo y, puesto que la Tierra gira, una órbita en cualquier ángulo que no sea el centro del plano de rotación no conseguiría ser constante respecto del suelo. La órbita geoestacionaria era crucial para la cadena de satélites de telecomunicaciones que –girando alrededor del globo a 10.500 kilómetros por hora a 13.600 kilómetros de la corteza terrestre– transformarían de forma notoria la vida social y económica contemporánea con su capacidad de proporcionar comunicaciones a gran velocidad y larga distancia. Financiados con presupuestos militares y por las multinacionales, dinamizarían además el mercado espacial de mediados de la década de 1980. En cambio, los satélites de observación, que giran alrededor de la Tierra en órbitas polares y son capaces de grabar lugares a la misma hora local cada día, necesitan una zona de lanzamiento con el horizonte abierto hacia el norte o el sur. El Centre Spatial Guyanais –cuya construcción comenzó en 1965 en Kourou– estaba emplazado de forma ideal. Redfield describe el lanzamiento nocturno de un Ariane: «una llamarada, luego un destello de luz tan brillante que las nubes ondean» y lenta y pesadamente, el esbelto cohete blanco se eleva, a lo lejos, oscila un instante y entonces gana velocidad y desaparece sobre el océano, empujando su carga, un satélite japonés, más allá de la Tierra. Describe también con precisión la altamente estratificada geografía urbana de Kourou, en la que la posición social desciende a medida que uno se aleja de la costa. Las lujosas mansiones situadas al borde del mar de los directivos del CSG y de sus vicepresidentes dan paso a la zona «de negocios» y al centro de la ciudad, de estilo italiano; la rodea el barrio Calipso, formado por unos trescientos chalets construidos para los ingenieros del CSG y que están rodeados de ubicuos comercios chinos de ultramarinos. A partir de ahí se extienden hacia el sur y hacia el este los suburbios para la población de menores ingresos, menos especializada y mestiza, hasta llegar a los altos edificios de pisos en los que viven los trabajadores manuales criollos. Más allá

están los bloques de cemento de la *cité stade*, que albergan a quienes han sido realojados a causa del desarrollo de CSG; la ciudad marrón, formada por chozas rudimentarias construidas alrededor de una antigua cañería de agua por los *samarakas* y los *bonis*, y las cabañas de los indios *kaliñas*.

La colonia penal y el centro espacial han jugado papeles comparables como proyectos estatales, moldeando las realidades ambientales y metafóricas de la Guayana francesa a la vez que vaciaban la economía natural de la región. Cada uno de ellos ha creado su propia jerarquía administrativa, ocupada por los modernos Crusoes, expertos técnicos, y ha tallado su propio territorio en un conjunto político más amplio; cada uno de ellos se ha convertido en un «nexo simbólico» en el imaginario metropolitano. Sin embargo, en la medida en que ambos son estudiados desde una doble perspectiva, Redfield señala una serie de diferencias entre los momentos «imperial» y «global». Examina los retos decimonónicos del «cosmopolitismo biológico», argumentos que llevaron, en parte, a generalizar a partir de las tasas de mortalidad de la Guayana francesa la idea de que el hombre «no puede cambiar su latitud y clima impunemente». Redfield los considera en el contexto de los actuales «nuevos trópicos», cuyo calor, humedad y amenazas de enfermedades han sido neutralizadas por el saneamiento, la refrigeración y el control de los mosquitos, los cristales oscuros, la vacunación y el aire acondicionado, creando así «climas cálidos de turismo y descanso».

Las actitudes hacia la naturaleza han cambiado de igual forma: la terrible jungla que amenazaba a los convictos del siglo XIX ha sido reemplazada por una biodiversidad frágil y amenazada a la que protege de forma ambigua un nuevo «cosmopolitismo medioambiental». En el mundo del trabajo, en cambio, Redfield encuentra más continuidades: la realidad del sistema penal no era la redención a través del trabajo, sino la esperanza, tal vez, de supervivencia, de arreglárselas con la potencia de los pequeños placeres encontrados en medio de la opresión. La colonización, que implicaba la importación de herramientas y métodos diseñados en otra parte, dejaba un hueco entre el sistema y lo local que permanecía abierto a la negociación, al bricolaje, a la elaboración. De manera similar, en el nuevo espacio de Kourou—en el que consorcios internacionales, redes de comunicación, finanzas multinacionales y un marco técnico que es planetario en sus objetivos definen el sentido del desarrollo— hay, por cada tecnócrata, una docena de *bricoleurs*, ajustando y haciendo que las cosas funcionen en el espacio intersticial de los trópicos. Aquí, más que resistencia, encontramos un espacio de acción localizado entre la estructura oficial, por un lado, y todo lo demás, por otro: un espacio de momentos que hay que aprovechar, las «latitudes de la acomodación». Se trata de un mundo de improvisación que aparece en medio de los grandes planes que surgen por doquier: proyectos faraónicos de presas, carreteras y ciudades industriales, cuyas contrapartes necesarias parecen ser las *favelas*

de indolencia en las que, de algún modo, se realiza buena parte del trabajo real. Esta tradición de improvisación y *bricolage* constituye el verdadero vínculo histórico entre la colonia penal fracasada y el exitoso centro espacial. Estos trópicos parecen más familiares; los relucientes cohetes parecen también menos extraños.

De forma inevitable, en un trabajo de esta envergadura, algunos asuntos quedan sin resolver. Redfield define la «globalización» en términos tecnológicos y escribe de manera lírica sobre la transformación producida por la era espacial:

Aunque el avión nos abrió el cielo y el centro de radiodifusión llenó el aire de ondas [...] ninguno de los dos hizo los límites de la Tierra completamente visibles o transparentes. La tecnología espacial cerró de nuevo el cielo, lo limitó desde arriba y lo selló totalmente. Sólo entonces pudo éste llegar a ser plenamente moderno y, en un sentido tecnológico, activo, y sólo entonces pudo convertirse lo que se encuentra más allá de él en espacio en sentido pleno, un vasto mar de oscuridad que rodea el punto azul y verde del espacio humano. Por fin, el mundo era uno.

Menos atención presta, tal vez, a las dimensiones políticas y económicas de la globalización, por lo que el actual *status* colonial de la Guayana francesa como DOM, por ejemplo, apenas resulta cuestionado. En realidad, como Redfield en parte confirma, el gobierno de París ha sido contestado de manera muy enérgica por la población. El movimiento independentista de principios de la década de 1970, aunque aniquilado brutalmente, dejó sus huellas. El 12 de octubre de 1992 supuso el inicio de una semana de revueltas y de huelgas generales contra la dominación francesa. Sin embargo, a este aspecto de la experiencia guayanesa se le da poco peso conceptual.

¿Terminan los convincentes argumentos de Redfield destinados a incluir a los Crusoes en las tareas de la antropología por implicar de forma insuficiente a los Viernes en las mismas? Los «metropolitanos» en los que el libro se centra representan el 8 por 100 de la población total de la Guayana francesa, algo menos de 200.000 personas en total (aunque esta cifra excluye un número enorme de inmigrantes ilegales brasileños), para un espacio del tamaño de Maine o de la sexta parte de Francia. De la población oficial, los criollos –descendientes de los africanos, procedentes de la Guayana o de cualquier otra parte del Caribe, y de los europeos– conforman el mayor grupo, alrededor del 48 por 100, mientras que los haitianos representan otro 22 por 100. Los «cimarrones» –descendientes de los esclavos africanos que escaparon, en su mayoría, de las plantaciones de la Guayana holandesa, para fundar comunidades independientes en el interior entre los siglos XVII y XIX– constituyen apenas el 6 por 100; aquí se incluye a los *aluku*, los *saramaka*, los *ndjuka* y los *paramaka*. Los amerindios –*arawaks*, *emerillons*, *palikurs*, *wayanas*, *wayampis* y *kaliñas*,



con mucho los más numerosos— apenas alcanzan el 4 por 100. La comunidad china, cuyos miembros en su mayoría son propietarios de tiendas, conforma otro 1 por 100, al igual que el pueblo *hmong*, de origen indochino, reasentado en la Guayana francesa al inicio de la guerra de Vietnam.

Por decirlo de otra forma: si, para Redfield, la frontera global está arriba, en el espacio exterior, para muchos guayaneses parece encontrarse en el sur, abriéndose a Brasil y al resto de América Latina, y lejos de Francia. Redfield cita un debate televisivo fascinante entre un contratista criollo y un representante metropolitano de la World Wildlife Fund, sobre la construcción de una carretera hacia el sur que iría desde Cayenne hasta la frontera brasileña. La WWF, señalaba el contratista, no había protestado contra una carretera de circunvalación para el centro espacial, ni por la construcción de una presa hidroeléctrica destinada a proporcionar energía para los lanzamientos de satélites y el aire acondicionado de Kourou. La autopista del sur representaría el 0,001 por 100 de la selva de la Guayana francesa: «Necesitamos carreteras, necesitamos redistribuir la población, necesitamos establecer vínculos con nuestros vecinos, con Brasil, incluso con Venezuela, para terminar con esta relación artificial con Francia».

Actualmente, la colonización de los trópicos —controlada por los satélites espía Raytheon, que calculan la proporción de claros y los movimientos de cocaína en las vastas selvas ecuatoriales— tiene lugar no tanto en los márgenes como en los «espacios entre». Las dinámicas que dan forma a la vida social se han hecho más complejas, las relaciones de poder que las subrayan, más ambiguas. El entorno, junto con los *bricoleurs*, resquebraja cada vez más los métodos tradicionales de análisis del desarrollo y sus significados, propiciando la «proliferación de categorías impuras». Como sostiene Redfield: «Las tormentas del progreso soplan, pero los ángeles de la historia ya no vuelan en una única dirección». Los horizontes conceptuales permanecen abiertos al final de esta obra notable y elocuente.